

El buen doctor Santamans
Belgrano – Buenos Aires
Abril de 1975.

La doctora Silvina Santamans firma la receta, y alarga el brazo hacia la Señora de Galdós, para entregarle la hoja de papel. La paciente pone la mano en su bolso, pero la doctora la detiene.

- No, Señora Galdós. No hace falta. El otro día su marido vino a arreglarme el coche, y tampoco quiso que le diera ninguna plata. Entre vecinos... Por cierto, ¿cómo está su hija Camila?

- Muy bien, gracias. Es usted muy amable. Gracias a la ayuda de Julia, subieron sus notas en matemáticas. Ahora lo entiende mejor. Su hija es un sol.

- Sí. Parece que tiene vocación de profesora. Le gusta mucho enseñar a los chicos.

- ¿Quiere ser profesora?

- Bueno, no. Desde la muerte de mi pobre marido...

- Que en paz descanse. Le amábamos tanto...

- Sí. Gracias. Para Julia es un modelo. Todo un ejemplo. Por eso quiere ella seguir sus pasos. El año próximo emprenderá la carrera de médico.

- Pobre. Echamos tanto de menos a ese buen doctor.

- Lo sé. Lo sabemos. Y le agradecemos mucho la compasión al barrio. Es todo un consuelo, después de tanta pena.

Se levanta la doctora, dando por acabada la consulta. La paciente sale dando marcha atrás, cabeceando sin parar. Se estrechan la mano, casi la besa. Falta poco, pero la doctora le detiene el gesto.

- Salude a su marido de mi parte. El también tiene que ser todo un modelo para su hija. Buen día, Señora de Galdós.

La doctora de Santamans cierra la puerta, y respira hondamente. Son las siete ya, y por suerte, la Señora de Galdós era la última de la lista. Arregla sus cosas en el escritorio, baja la persiana, y sale del despacho. Cansada, muy cansada, pero contenta. A pesar de todo, salieron adelante. Las dos. Ella y Julia. Aunque desde unos meses, le preocupa cada vez más su hija. Ese afán de dar clases en una villa miseria. Corre peligro. No todos los habitantes de esos lugares son gente decente. Ella no va vestida de lujo, tampoco, y es muy joven. Pero allí todos saben de dónde viene. Que es hija de médicos. Que vive en una familia acomodada. ¿La defenderían los padres de los chicos si alguien quisiera hacerle daño? Lo ve poco probable. No van a molestarse en defender a una burguesa contra gente de su propio barrio.

Hay otro peligro, además. Silvina sabe de dónde vienen los que organizan ese tipo de clases en villas. Son todos “Montos”¹, u otros revolucionarios del ERP² o de los FAR³. O sea, zurdos. Silvina sabe que Julia no milita en esos grupos. Ella siguió a su amiga Patricia, quien ya daba clases en la *villa* desde unos meses. Le hacía mucha ilusión dar clases a chicos pobres, no tanto por esa vocación de profesora que se siente desde mucho tiempo – a los diez años, había dicho a sus padres que quería “hacer como la tía Marcelina”, la hermana de Silvina, quien es profesora de matemáticas en un colegio de Rosario – como por sentirse útil, y sobre todo, porque lo ve como una manera de andar en los pasos de su padre, un hombre tierno, que mostraba mucha empatía hacía los más pobres, quien tantas veces no cobraba a la gente humilde, ese “buen doctor Santamans”, como lo llamaban todos en el barrio.

Para Julia, como para los habitantes del barrio, desde los más acomodados hasta los más pobres, Pau Santamans quedará definitivamente en las memorias como un héroe. Un santo laico. Durante la dictadura de Onganía y, luego, la de Lanusse, formaba parte de un grupo de simpatizantes peronistas que militaban por el retorno del viejo líder. Eso sí que no, no tenía nada que ver con los revolucionarios de izquierda. Demasiado jóvenes, demasiado violentos, demasiado irresponsables. El asesinato del general Aramburu le había provocado un ataque de ira tremendo. No es que le gustaba ese general quien había contribuido al derrocamiento de Perón en 1955 y había promulgado la proscripción total del movimiento durante años, pero su muerte le parecía más un despropósito contra-productivo que el “ajusticiamiento” proclamado por los Montoneros.

En tanto peronista, había pasado un tiempo en la cárcel, como tantos otros, después de la “*noche de los bastones largos*”, en 1966. En la época, daba clases en la Universidad, y como sus colegas, había sido expulsado por la policía de Onganía, quien quería “purificar” medios educativos supuestamente subversivos. Se trató tan sólo de dos semanas en los calabozos de la dictadura, pero eso había bastado para hacer del doctor Santamans un martirio local de la tiranía de un régimen agonizando.

Encontró su momento de más gloria y su fin el mismo día. El 20 de junio de 1973, por fin, volvía desde Madrid, después de dieciocho años de exilio, el tan añorado general Perón. Todo lo que el país contaba de peronistas confesados, callados o clandestinos, y los tres grupos reunidos representaban mucho, corrió a recibirle en una manifestación multitudinaria organizada por los cuadros del movimiento en la autopista Riccheri, cerca del aeropuerto de Ezeiza, donde tenía

¹ Montoneros, peronistas revolucionarios de izquierda.

² Ejército revolucionario del pueblo.

³ Fuerzas armadas revolucionarias.

que aterrizar el tan esperado “*avión negro*” con el ídolo a bordo. Acudieron casi dos millones de argentinos, de toda condición. Hombres, mujeres, jóvenes, ancianos, familias enteras. Una verdadera fiesta popular. Volvían Perón y los tiempos felices. Pero no aterrizó en Ezeiza el flamante general, sino en la base militar de Morón. Poco antes de su llegada, las distintas fracciones del peronismo habían buscado zanjar las diferencias a tiros. Por un lado, los jóvenes revolucionarios quienes querían “copar” el acto, como había dicho unos de sus dirigentes, ocupando el sitio delantero de la manifestación, justo al pie del palco, por el otro, *en* el palco, la derecha peronista, cuyos principales dirigentes se habían hecho cargo del grueso de la organización del evento. No se sabe muy bien de donde brotó la chispa a partir de la cual se propagó el incendio. Mejor dicho, sí se supo⁴, pero mucho tiempo después; en el momento, nadie estaba en condiciones de otorgar explicaciones objetivas. Lo que tampoco no se supo, fue cómo había perdido la vida el Doctor Santamans. Las dos fracciones se disputaron su heroísmo. Para unos, formaba parte del público y le había matado un tiro proviniendo del palco, para otros, el doctor estaba en el palco, pistola en mano. Lo que sí estaba seguro, es que Pau Santamans no pertenecía a ninguna de las dos facciones. No le gustaban los militares, detestaba a Onganía, el dictador bigotudo, y tampoco no se fiaba mucho de su sucesor, Lanusse. Odiaba a la violencia, y por eso, condenaba los movimientos de jóvenes revolucionarios, aunque alentados por Perón. No festejó demasiado la elección de Héctor Cámpora, casi un colega suyo (era dentista), tan peronista como él, a la presidencia: Cámpora era el delegado personal de Perón, pero su candidatura, en vez de la del general, representaba una suerte de victoria de los militares, quienes habían logrado apartar al viejo líder, en una proscripción disfrazada de licencia para el regreso. “Cámpora al gobierno, Perón al poder”, el famoso eslogan, no le podía convencer. O sea que el doctor Santamans, en el minuto antes de morir por Perón, era más bien un peronista desilusionado, o por lo menos algo escéptico.

No sólo los peronistas acudieron al entierro: si no estaba todo el barrio, es porque todo el barrio no cabía en el sin embargo inmenso cementerio de la Chacarita. Y tampoco la política entró en el recinto. Sí entró, en cambio, todo lo que Belgrano (o mejor dicho, *los* Belgranos, R⁵, C. e incluso el Bajo Belgrano de los más humildes) contenía de amor, de adulación, de gratitud, de orgullo y de dolor por la pérdida de tanto estimado ciudadano. Juntos se quitaron el sombrero Don Mariano Schwartz, el famoso abogado de los terratenientes de la Sociedad Rural, y Don Feliciano Vega, el – muy – joven director del colegio de la calle Sucre, juntas

⁴ Leer « Ezeiza », de Horacio Verbitsky. Ed. Contrapunto, Buenos Aires. 1985.

⁵ R. por « residencial », C. por « central”.

se inclinaron delante del ataúd la Señora de Achaval-Gulden, viuda del no menos famoso socio fundador de la compañía de seguros Achaval-Gulden y Mortensen y presidenta del Comité de beneficencia de la parroquia Nuestra Señora de Fatima, y la Señora Luisa Pérez-Avalos, responsable del comedor popular de las Barrancas de Belgrano. No es que tuviese tantos amigos el Doctor Santamans, pero ya no tenía enemigos. Si se admite que tuvo enemigos algún día.

Pasaron casi dos años desde la muerte de Pau Santamans. Silvina, que trabajaba en la época en el Hospital de Clínicas⁶, volvió a ocupar el consultorio de su marido, y a atender a sus pacientes. Todos se quedaron, a pesar de que fuera una mujer, tanto por el recuerdo del marido como porque ella es, en rigor de verdad, tan buena médica. Y gozando del mismo cariño por parte de los enfermos.

Julia también vive en el recuerdo de su padre. Mártir y héroe. Ella sabe que a él nunca le hubiera gustado el nuevo rostro del peronismo, el rostro de López Rega – *el brujo*, como lo llaman incluso los peronistas de verdad –, de Isabelita – a nadie se lo ocurre pensar en Evita cuando aparece su cara en la televisión – y sobre todo, de las patotas de la Triple A, la Alianza Anticomunista Argentina, cuyo actuar siembra el terror en los barrios humildes, donde la gente sigue negándose a creer que puedan ser creaciones del propio Perón.

Es que el viejo ha muerto el año pasado. Y parece que lo que queda del peronismo sin su líder se ha vuelto definitivamente loco. El país se volvió un caos. Se volvió *el* caos. Atentados, muertos, sangre y fuego. Se puso en marcha un ciclo infernal de casi guerra civil: protestas, *caños*⁷, secuestros, represión. Llega un coche verde, o gris, o negro, lo aparcen cerca de un bloque o una casa. Bajan cuatro o cinco tipos, vestidos de paisanos, entran, se oyen gritos, golpes, hasta tiroteos, y vuelven todos a salir, arrastrando un hombre, o una mujer, o varios, más o menos jóvenes. Lo suben en el coche, y nada más se sabe de ellos. Ni del pobre tipo o de los secuestradores. Todo el mundo sabe lo que significa, pero nadie se atreve a comentarlo. La sombra de la Triple A se extiende encima de toda la superficie de la ciudad, desde las cloacas de La Boca hasta los fondos de La Matanza, desde las casonas de Tigre hasta las chozas de Avellaneda. “Algo habrá hecho”: es la frase casi ritual, que se oirá durante muchos años de miedo y de desesperación. De momento sin embargo, sólo reina el miedo. La desesperación todavía no se apoderó de todas las almas.

⁶ Hospital del estado, uno de los más grandes de B.A.

⁷ Así llaman en Argentina las bombas artesanales.

Es por eso que Julia aceptó de buena gana la propuesta de su amiga Patricia. Siempre queda algo que hacer, y hasta que la casa se haya quemado en totalidad, hay algo que salvar de las llamas.

Eso no le gustó mucho a Silvina, pero tampoco pudo impedirlo. Aún menos prohibirlo. Para Julia, era una manera de andar en los pasos de su padre. Un gran señor quien había dado tantas pruebas de su infinita humanidad.

Las dos chicas van a la *villa* cada martes y cada jueves, por la tarde. Se quedan allí dos o tres horas. Más no pueden: ellas también tienen que pensar en sus estudios. Los chicos tienen entre seis y diez años. Dan las clases fuera o, en caso de mal tiempo, en un galpón donde almacenan todo lo que los hombres pueden recoger por la ciudad, y que utilizan luego para reformar sus pobres barracones: ladrillos, restos de cemento, chapa, alambre, vigas de madera, etc.... Nunca tuvieron el menor problema con los habitantes de la *villa*. Claro que chicos de su edad no faltan, y saben ellas que no les dejen indiferentes. Hay miradas, risas e incluso piropos que no pueden engañar. Pero tampoco salen de su papel. De quererlo, no podrían. Esta parte de la *villa* la controlan los sacerdotes del MSTM, el movimiento de sacerdotes del tercer mundo, y siempre hay uno cuando vienen. Siempre uno de ellos recibe las chicas al entrar en la villa, y se queda por allí cerca durante la clase. Vuelve con ellas hasta la parada del autobús.

Julia está al tanto de las preocupaciones de su madre. Ya no intenta tranquilizarla. Discutieron mucho, pero ahora no. Conoce muy bien a su madre. Sabe perfectamente que ella lo entienda todo: para qué va a la *villa*, tanto como *por qué* va a la villa. Tampoco le da la posibilidad de juzgar si hace bien o hace mal. Ni la mera posibilidad de juzgar. Su madre no la puede juzgar. Ante todo porque nunca su padre, el propio marido de Silvina, la hubiera juzgado. O mejor dicho: la hubiera juzgado bien. Por supuesto. Cuando Julia anda hacia la *villa*, imagina que su padre la sigue desde arriba, sonriendo. Siente su rostro por encima de ella, entre nubes y cielo, y sabe que él está orgulloso. De lo contrario, lo sentiría igual, y acataría su negativa. Pero ¿cómo su padre podría significarle una negativa? ¿Si lo que está haciendo no es más que continuar su misión en esta tierra?

No entiende porque Silvina se empeña en hablarle, cada dos por tres, de esos movimientos extremistas que tampoco eran del agrado de su padre. Claro que los conoce. Montoneros. ERP. ¿Qué más? FAR. FAP⁸. Nunca los ha visto dentro de la *villa*. Por lo menos, en la parte de la *villa* donde da su clases.

Una vez que su madre se había hecho algo pesada, Julia le había contado, para tranquilizarla un poco, lo de los curas del MSTM. No había entendido porque

⁸ Fuerzas armadas peronistas.

su madre se había puesto así como una furia. Por curas. Curas católicos, por supuesto.

- Esos curas son todos comunistas.

Había contestado Silvina. Comunistas. O sea, sicarios del diablo. Pero de sicarios nada. No tenían largos cuchillos, y el libro que leían a menudo era la Biblia, no el Capital, ni tampoco el libro rojo de Mao Tse Tung. Hablaban de Dios, no de Lenin. Habían ayudado a construir sino una iglesia, por lo menos un pequeño local donde daban misas los domingos. Bueno, curas. Para Julia, curas de verdad: predicaban la pobreza, la justicia y la solidaridad.

- No son menos cristianos que el arzobispo de Buenos Aires quien bendijo el nuevo coche del presidente de la Sociedad Rural⁹, mamá. Había contestado Julia.

Silvina no le dio la bofetada que tenía preparada sólo porque justo al momento, alguien había llamado a la puerta. Sin embargo, algo quedó definitivamente roto entre madre e hija. Ese día, Julia se fue al cementerio de la Chacarita, sola. Se sentó al pie de la tumba de su padre, y lloró casi una hora completa.

No por ello Julia deja de ir a trabajar a la *villa*. Todo lo contrario. Añadió otra fecha a su agenda: la del domingo por la mañana. Ya no va a misa con su madre, como lo hacía desde sus primeros pasos de chiquilla. Ahora va con los chicos y chicas de la *villa* y sus padres. Recibe la hostia de las manos del padre O'Leary, "el irlandés" como lo llaman todos. El es un irlandés de verdad: su padre era originario de Drogheda y trabajaba de peón en la Pampa húmeda, cerca de San Antonio de Areco. Y sobre todo uno de los hermanos del viejo O'Leary, el abuelo, era cura en el mismo pueblo¹⁰.

¿Es un cura "rojo" el Padre O'Leary? Si ser "rojo" implica preocuparse de los pobres de la *villa*, ayudarlos a encontrar trabajo, defender sus derechos a una vivienda digna, a tener electricidad y agua, a un servicio de salud, pues sí, el padre O'Leary es un rojo. Un zurdo. Un comunista acaso.

Palabras que le importan un pito a Julia. No se fía de la política. Lo único de que está segura ella, porque ya lo ha observado, es que los políticos, los "profesionales" que pertenecen a un partido o tienen un mandato de diputado o de intendente son más bien una pandilla de ambiciosos que no buscan más que el poder. Pau Santamans no hacía política. Por lo menos este tipo de política, la de la busca del poder. Era peronista desde el principio, cuando el peronismo significaba ayudar a los más débiles. El peronismo de Evita. El peronismo de la dignidad de

⁹ Sindicato de los terratenientes.

¹⁰ Es curioso, pero verdadero: la parroquia de San Antonio tuvo muchos curas irlandeses en una época.

los más pobres. De las “cabecitas negras”. Su padre le había enseñado a Julia a no fiarse de los políticos. De esta gente que hace discursos muy bonitos, que enarbolan banderas, gritan consignas, y no hablan más que de destruir a sus adversarios. Su padre no quería destruir a nadie. No hablaba mucho, y no se presentó a ninguna elección. Tenía sus opiniones, eso sí. No había podido votar a Perón en 1946, por ser demasiado joven, pero lo había hecho en 1952. Igual que las mucamas de Ernesto Sábato¹¹, había llorado cuando los gorilas habían derrocado el general, en 1955. Luego sólo había procurado hacer su trabajo con consciencia, en armonía con sus convicciones: con humanidad. No militaba en ningún grupo de la “resistencia” peronista, pero tampoco renegaba de la herencia de los tiempos felices, y siempre actuaba en peronista. Fiel a sus ideales, sin por ello exhibirlos como una bandera. Su sola doctrina era demostrar en la vida cotidiana que más valía un peronista trabajando en la sombra que diez políticos gritando bajo las luces.

Patricia no comparte este tipo de opiniones. Repite a menudo a Julia que hay que comprometerse. Que la política y el poder no hay que dejarlos en manos de los reaccionarios. Que el pueblo tiene enemigos y que hay que combatirlos. Que no alcanza con trabajar en las villas, que uno tiene que luchar para que desaparezcan. Pero que para ello, se necesita medios para orientar la política de otra manera. O sea: hacerse con el poder.

A menudo las dos chicas discuten sobre el tema. Están de acuerdo en el fondo, pero divergen en cuanto a los medios. Patricia habla de revolución, del poder para el pueblo, de coraje y de puños en alto, Julia habla de amor y de fraternidad. Patricia habla de humillación, Julia de humildad. Patricia dice “erradicar”, Julia “aliviar”. A menudo Julia se asusta de la rabia de Patricia, a Patricia le irrita la tibieza de Julia. Pero una es hija del buen doctor Santamans, y la otra es hija de obreros. Se entienden y se quieren por encima de todo. Ríen de sus diferencias y de sus discrepancias, y saben burlarse de ellas mismas, tanto como se burlan la una de la otra.

- ¡Niñata roja!
- ¡Peronista católica!
- ¡Comunista de pega!
- ¡Santa beata de los pobres!
- ¡Pagana!
- ¡Chupacirios!

Y luego vuelven al trabajo, en casa de una u otra, para preparar las clases de la semana.

¹¹ Lo ha contado el propio Sábato en “El otro rostro del peronismo. Carta a Mario Amadeo”. 1956.

El edificio de Patricia se halla en la misma calle que la casa de los Santamans, casi en frente. Eso permite a Patricia comunicarse por signos con su amiga, puesto que los Andrade no tienen teléfono. Cuando aparece la toalla verde y amarilla en la barandilla del balcón, significa “¿Puedes venir ahora?”. Entonces Julia abre su ventana, ondea un pañuelo azul y blanco para confirmar su visita. O rosa, si va a tardar un poco. Rojo, si no puede. Así establecieron todo un código de colores para hablarse a distancia, un código que van perfeccionando día tras día, tanto para divertirse como por real necesidad.

Este martes por la mañana, se citaron como siempre delante del edificio para ir luego hasta la parada de colectivos. Julia está vigilando desde su ventana a que aparezca el trapo blanco que significa que Patricia está bajando. Mejor esperarla en casa, ya que fuera, llueve a cántaros. A las nueve, ya es demasiado tarde para el colectivo de la nueve y cinco. Julia resopla. Patricia es una rezagada casi profesional. Nada grave: todavía queda tiempo, no las esperan antes de las nueve y media, y el colectivo no tarda más de un cuarto de hora para llegar a la *villa*. A las nueve y cuarto, Julia empieza a ponerse nerviosa. No aparta la vista de la ventana del cuarto de Patricia. ¿Qué está haciendo esta tortuga? A las nueve veinte, decide salir a ver lo que pasa. Quizás está enferma. Pero en este caso, ¿porqué su madre no puso el pañuelo con cuadros para avisarla?

Cuando alcanza el umbral de la puerta de su casa, en seguida percibe algo extraño en la calle. No sabría decir exactamente qué es, la calle barrida por la tormenta está completamente desierta, pero siente como algo de inquietud en el aire, que no tiene que ver con el viento ni con la lluvia. Delante del edificio de los Andrade, hay un coche negro mal parado, de través, la parte delantera saliendo de la fila de los coches aparcados. Julia se acerca, con el paraguas delante de sus ojos para luchar contra el viento, y nota en seguida que el motor del coche está encendido. De repente, superando el ruido de la intemperie, oye gritos y portazos. El chófer sale del coche y da la vuelta, para ayudar a dos compañeros que salen del edificio arrastrando a Patricia, que intenta escapar en vano. Detrás va la Señora Andrade, chillando. El chófer se adelanta, sale algo de su gabardina, y apunta hacia la mujer. Un revolver. Otros gritos, de la madre y de Patricia, pero los hombres logran empujarla dentro del coche, y cierran la puerta. El chófer sigue apuntando a la Señora Andrade, mientras da la vuelta para ponerse de nuevo al volante.

Julia cruza la calle a todo correr, poco falta para que el coche la atropelle, alejándose a gran velocidad hacia la avenida Crámer. La chica se precipita hacia la mujer, quien desesperada se cayó en la vereda.

Silvina deja su taza en la mesa y le ruega a su hija sentarse. Julia, exasperada de ver cómo reacciona, o más bien no reacciona, su madre, se pone a gritar.

- ¡La secuestraron! ¡Es un secuestro! Tres tipos en un coche negro. Tenemos que ir a la comisaría. ¡Ahora mismo! ¡Mamá!

- Sosiégate, hija. No creo que la secuestraron, como dices, sólo que la detuvieron.

- ¿Que la detuvieron? ¿O sea que te estás creyendo que se trata de la policía? ¿De la policía normal? ¡Pero si no tenían pinta de policías! Te lo aseguro, mamá. Date prisa, tenemos que irnos, ahora.

Silvina mira a su hija con cariño. ¿Cómo puede estar todavía tan ingenua trabajando con todos esos zurdos y curas rojos? Sabe muy bien que su amiga es una zurda. Que tiene relaciones con revolucionarios. Eso tenía que acabar así, ¿o no?

- Siéntate tranquila. Nadie pudo detenerla sino lo policía.

- ¿La policía? ¿Y qué sabes tú de policía? Ya te dije que...

- Que no tenían pinta de policías. Sí. Pero todos los policías no lleven uniformes, cariño. Lo sabes perfectamente.

- ¡Pero si Patricia no hizo nada!

- Si no hizo nada, la soltarán en seguida. Vivimos en un país con derechos.

- No tienen ningún motivo para detenerla.

- Eso es otra cosa. La policía nunca detiene la gente sin motivo. Tal vez quieren interrogarla sobre sus amigos.

- ¿Y eso que tiene que ver? Tiene derecho a tener amigos, ¿o no?

- Claro. Pero no tiene derecho a formar parte de grupos terroristas.

- ¡No forma parte de ningún grupo terrorista! De dónde sacas tamaña boludez?

- Tu misma me has dicho que tenía amigos en partidos de extrema-izquierda.

- Amigos. Sí. Pero ella no. ¿Y qué más daría?

- Se trata de asesinos, Julia. Gente que comete atentados. Acuérdate de este sindicalista, ¿cómo se llamaba?... Rucci.

- Nunca se supo quien lo había hecho boleta.

- No hables así. ¿De dónde sacas este vocabulario? Todo indica que se trata de unos de esos grupos. No lo han desmentido. Se trata de gente peligrosa, Julia. Sabes lo que tu padre pensaba de ellos.

- Estas confundiendo todo. Patricia nunca mató a nadie. Nunca hizo nada malo.

- Entonces como ya te lo dije, la van a soltar pronto. Solo quieren hacerle unas preguntas.

- ¿Sí? ¿O sea que sólo por “unas preguntas” vinieron tres para tirarla en un coche sin dar la menor justificación a su madre? ¿Oyes lo que estás diciendo, mamá?

- ¿Pero qué quieres que hagamos?

- Ir a la comisaría. Ahora mismo.

- Nos van a desestimar. Dirán que no es asunto nuestro. Y tendrán toda la razón.
- O sea que quieres que nos quedemos con los brazos cruzados.
- No hay nada que hacer.
- Bien. Voy a ir yo con la madre de Patricia. No la voy a dejar sola.
- ¿Y su marido?
- El no sabe nada. Todavía está trabajando. Me voy.
- No Julia. No te vas a ninguna parte. Te prohíbo...
- No tenes nada que prohibirme. Si prefieres lavarte las manos, está bien. Pero yo no puedo. Papá nunca habría...
- ¿Y qué sabes tú? Tu padre no se metía en política.
- Hay muchas maneras de meterse en política. Y detener a la gente que ayuda a los pobres también es meterse en política. ¿De verdad te crees que soy una tonta y qué no entiendo nada?
- Además de no entender nada de nada, eres inconsciente. O sea que de allí en más, no quiero que vayas a la villa. Nunca más. Es demasiado peligroso. ¿Oyes? No quiero que la policía te detenga a ti también. Se acabó, Julia.

Julia mira a su madre con mucha ira, una mirada oscilando entre el odio puro y una inmensa desilusión. Tanto admiró a su padre, y ahora su madre le hace pasar tanta vergüenza. Prefiere callarse, antes de soltar alguna palabra de más. Quiere creer que su madre tiene miedo. Solo miedo y nada más. Prefiere creer eso, sino se volvería difícil vivir bajo el mismo techo.

No lo dice, pero tiene que admitir que su madre acierta por lo menos en eso: hay varias cosas que no entiende. No sólo cosas del presente, y no sólo en lo que se refiere a la actitud de su madre. Va más lejos. Tenía once años cuando metieron a su padre en cana. Se acuerda del terror que sentía, así como de su vergüenza y su ira. Terror porque pensaba que nunca volvería a verle – creía que le iban a juzgar, y quizás fusilarle – vergüenza frente a sus compañeros de clase – ¡su padre en cana, como un chorro! – y su ira luego, ya, en contra de la actitud pasiva de su madre, quien parecía tan escandalosamente tranquila mientras que su marido dormía en una cárcel. Y su sorpresa, más tarde, viendo cómo su padre había vuelto a trabajar, sin el menor comentario. Como si haber sido detenido así en su lugar de trabajo, haber sido molido a palos, y haber pasado quince días en una celda sin el menor motivo, fuera el acontecimiento más natural del mundo. Un acontecimiento banal. Y la vida había retomado su caudal, sólo que nunca más Pau Santamans había vuelto a la universidad y sólo se había dedicado a su oficio de médico, en su consulta. Y, eso sí que se tiene que tomar en consideración, que el apellido de Perón había vuelto a formar parte de las conversaciones de mesa.

Julia sale de la sala de estar sin una palabra, ni hacer caso a su madre quien intenta pararla. Coge su gabardina, el paraguas, y sale dando un portazo. Sigue lloviendo. Cruza la calle y va hacia el edificio de los Andrade. Tampoco tiene mucha esperanza. Pero algo hay que hacer.

Sabe lo que es la Triple A. Su cerebro está hecho un caos. Desde la muerte de Perón, el país parece un mundo incomprensible, en el cual todos los valores se mezclan en un siniestro desastre. El peronismo mismo, ese peronismo que su padre añoraba con tanto amor y nostalgia, parece vuelto loco. Isabel está lejos de ser la nueva Evita, y López Rega es todo un fascista. Como esa Norma Kennedy: Julia se acuerda haberla visto en su casa un par de veces cuando era chica, una mujer extraña, seca, que siempre parecía enfadada pero se mostraba muy amable con ella al entrar, aunque en seguida se olvidaba de ella e incluso no pensaba en besarla al salir. ¿Cómo es que una mujer como ella, que se dice que estaba en el palco cuando la masacre de Ezeiza, podía ser amiga de sus padres? Nunca la volvió a ver después de la muerte de su padre, y Silvina nunca quiso hablar de ella. “Una conocida, nada más”. Pau Santamans no podía ser el amigo de una fascista, ¿o sí?

Presiona el timbre y en seguida se abre la puerta. La madre de Patricia está lista, llevando un pañuelo blanco en la cabeza.

- No sé cómo comunicarme con mi marido. De todos modos no lo van a dejar salir antes del fin del día. Así que mejor no se preocupe mientras tanto. Te agradezco tanto acompañarme, Julia. Luego, tendré que ir a ver a tu madre y darle las gracias.

Cuando por fin vuelve Julia a casa, ya son las diez de la noche. Las mandaron de comisaría en comisaría, y oyeron cada vez la misma canción: “No sabemos nada. Váyanse a ver a...”. Y se iban, andando o en colectivo, según la distancia. Recorrieron así la mitad de la ciudad, desde Belgrano hasta Palermo, luego hasta Villa Crespo, Almagro, San Telmo. Nadie quería tomar nota de su demanda. Sólo en la comisaría de Almagro un joven más amable y disponible que los demás policías se tomó el tiempo de escucharlas, y cuando acabaron las miró algo compungido. No podía sino confirmar lo que ya sabía Julia.

- Nosotros no tenemos nada que ver. No son policías quienes la detuvieron.

No quería comentar nada más. Hablaba mirando por la izquierda y la derecha, para averiguar si sus colegas lo escuchaban. Tanto insistían las dos mujeres que las llevó hasta un pequeño cuarto aislado, y notó una dirección en un trozo de papel.

- Acá tenéis la dirección de un abogado especializado en este tipo de casos. Les podrá ayudar mejor que nosotros. No puedo hacer más. Tienen que encontrar gente con más poder.

La pobre Señora Andrade salió todavía más desconcertada, como vacía. Hasta el momento, se había negado a creer lo que le explicaba Julia. Este cuento de policía paralela al servicio del gobierno. ¿Cómo un gobierno peronista...? ¡Peronista! ¿Acaso Isabelita no era viuda del general? ¿Ese gobierno no lo compuso Perón? Sus ministros, su policía, no pueden comportarse así con gente honrada. ¿Acaso los Andrade no votaron a Perón?

En San Telmo, un barrio que las mujeres poco conocían, habían tardado en dar con la oficina del abogado, una casa muy pequeña construida entre dos edificios altos, casi en la esquina de Tacuarí y Umberto 1°. Tuvieron que andar mucho, ya que se habían equivocado de línea de colectivo, y este les había dejado a doce cuadras, en el Paseo Colón. Habían pasado mucho tiempo esperando, por que el abogado estaba en el tribunal. Pero no había más remedio, ese hombre representaba su última esperanza. Así que se quedaron largo rato sentadas, las manos entrelazadas, y Julia se había empeñado en alentar el ánimo de la Señora Andrade, para evitar que se desmoronase completamente.

No es que Julia fuera mucho más optimista. Ahora sabía a ciencia cierta que no se trataba de un asunto de policía oficial. O sea que la situación no podía ser peor. ¿Pero qué se podía reprochar a Patricia? Claro que tenía opiniones izquierdistas, pero tampoco era una activista. No hacía más que dar clases a los chicos de la *villa*. Exactamente como ella. No se puede detener a la gente por tal motivo. Al contrario: ¿Acaso no ayudaban al gobierno dando clases donde todavía no existía colegio?

No. Patricia no había hecho nada malo, y el abogado tendría fácil demostrarlo. La Triple A, paralela o no, clandestina o no, tenía que depender de alguna autoridad. No se puede en un país democrático desaparecer gente sin rendir cuentas. Argentina no era Brasil. Se trataba de una luz muy escasa, pero Julia se aferraba a ella. ¿Quién podía tener el alma tan negra como para hacer daño a una chica de dieciocho años?

Silvina está en la sala, de pie frente a su hija quien acaba de entrar. Cuando oyó la puerta, puso en la mesa el libro que no estaba leyendo y se levantó. Julia está agotada, su ropa está empapada, el pelo cae, rígido, sobre sus hombros, liberando agua a chorros. Tiene la cara deshecha; sus ojos hinchados y su boca caída delatan un gran desánimo. Está a punto de deshacerse en lágrimas, sus manos dejan caer su bolso y se abren. Da un paso adelante, como para abrazar a su madre. Y recibe una enorme bofetada.

Son las tres de la mañana y Julia aún no logró conciliar el sueño. Todavía arde el fuego de la bofetada en su mejilla. No dijo nada. No protestó. Sólo miró a su madre, y en seguida corrió hacia su cuarto y cerró la puerta con llave. No hubo discusión. Silvina no vino a llamar a la puerta. Sin duda podía oírla, a través de la pared. Julia no lloraba, ya no tenía lágrimas, ya no era más que un largo grito de dolor, un infinito llanto. Pero no vino Silvina, no se preocupó. Un segundo antes de la bofetada, lo que Julia había leído en la mirada de su madre no era otra cosa que una ira fría, una dureza que nunca había visto hasta el momento. No había dicho nada, no había preguntado nada. Sólo la había abofeteado, por primera vez en dieciocho años.

Julia, rendida, no puede más con el llanto y el insomnio, y decide levantarse. Abre la puerta y escucha. ¿Será verdad que su madre duerme realmente? ¿O más bien ella también está escuchando, atenta al menor ruido, como ese leve chirrido de la puerta del cuarto al abrirse? ¿Es que no va a salir de su propio cuarto, para encontrar a su hija, y hablar con ella por fin? ¿Pedir perdón, abrazarla? Julia prefiere evitarlo por el momento. No ahora. No está en condiciones de hablar. Y sabe que su madre tampoco. De puntillas, va hasta la cocina. Tiene sed. No comió nada desde el desayuno, pero no tiene hambre. Sólo sed, de tanto llorar, primero con la Señora Andrade, al salir del despacho del abogado, este abogado que tan poco esperanza les hizo entrever; luego, sola en su cuarto, con su desesperación, su congoja y su miedo.

Con un vaso de agua en la mano, cruza la sala de estar, sin objetivo preciso, como si fuera sonámbula. Las persianas siguen abiertas. ¿Qué hizo Silvina, después de que su hija se estuviera encerrada en su cuarto? ¿También se acercó a la ventana, como lo hace Julia de momento, para observar la lluvia que sigue cayendo sin parar, como un sinfín de lágrimas? ¿O se quedó en el sofá, mirando a ninguna parte, con esos ojos fijos y vacíos, ese cuerpo rígido como un palo seco, que tenía cuando entró Julia?

Julia se aparta de la ventana, se siente mareada por tanta oscuridad, tanta lluvia, tanto viento fuera. No se ve ninguna luz en el tercer piso del edificio de los Andrade. Intenta imaginarlos. ¿Están en casa? ¿Dónde si no? Es poco probable que duerman, tampoco. ¿En qué están pensando? ¿Les queda algo de esperanza, una miaja de fe? ¿O ya se han derrumbado? ¿Quién podrá ayudarlos? ¿Quién podrá encontrar a Patricia? ¿Cómo?

Julia se sienta en el sofá, agotada. Traga aire. Quisiera rezar, lo intenta, pero se da cuenta en seguida que sus palabras no van a ninguna parte, que están irremediabilmente encerradas en un vacío tan infinito que el universo mismo, y que desaparecen, desdibujadas, tan pronto como les pronuncia.

En la mesita está todavía el libro que Silvina colocó justo antes de la llegada de Julia. No lee mucho. Sus lecturas se limitan a las revistas médicas, e incluso durante las vacaciones nunca Julia la vio leer otra cosa que novelas baratas. Algo sorprendida, coge el libro para leer el título. Una hoja se desliza y cae al suelo. La recoge y, al momento de volver a colocarla entre las páginas, divisa una palabra que le llama la atención. El texto va escrito con un bolígrafo, se le ve cargado con correcciones y tachaduras, y Julia nota en seguida que se trata de la escritura de su madre. La palabra es “ANDRADE”, así escrita en mayúsculas. Debajo, lee la dirección de Patricia.

Julia entiende que se trata de un borrador. Y al empezar la lectura, se le congela la sangre. La carta va dirigida a un tal “Estimado Señor Almirón”. Almirón. Julia ha oído este apellido ya, pero no recuerda dónde. No en su casa. Es Patricia quien le habló de este tipo. ¿Quién es? El recuerdo tarda en volver a la superficie. Hablaban del gobierno, de este boludo de López Rega, “El Brujo”. Almirón...Almirón tiene que ver con López Rega. Un amigo suyo, incluso. ¿Qué palabra había utilizado Patricia? Guardaespaldas. O guarda personal. Algo así, más o menos.

Pero es imposible. Su madre no puede escribir a un tipo como Almirón. Aún menos para hablarle de Patricia. Primero porque no puede conocer a Almirón. ¿Cómo, y por qué, Silvina Santamans, viuda del buen doctor Santamans, podría conocer a un tipo como Almirón? El jefe de la guardia personal del brujo, el inventor de la Triple A¹².

Julia lee el texto varias veces, borrando mentalmente las tachaduras, recomponiendo las palabras invisibles, ordenando de nuevo el texto para alcanzar la lógica probable del texto definitivo. Le cuesta trabajo creer lo que esta leyendo. Se queda paralizada. Se siente volver de piedra, la misma piedra que parecía el cuerpo entero de su madre, cuando la abofeteó con su mano de piedra. Con su corazón de piedra.

Luego se levanta, con el papel en la mano, y se dirige lentamente hacia el cuarto de Silvina.

¹² Rodolfo Eduardo Almirón es también sospechado de haber participado en el asesinato del Padre Mújica, párroco del MSTM, en mayo de 1974.